

EL PATRIMONIO CULTURAL
EN LAS SOCIEDADES LÍQUIDAS

Iñaki Arrieta Urtizberea (ed.)



Universidad Euskal Herriko
del País Vasco Unibertsitatea

Bilbao, 2018

Índice

<i>Patrimonios semilíquidos</i> , Iñaki Arrieta Urtizberea	11
<i>Representar el multiculturalismo de las sociedades líquidas. Nuevas tendencias expositivas en los museos etnográficos</i> , Fabien Van Geert	21
<i>Fouiller les déchets, patrimonialiser les rebuts. Un dépôt mis en musée</i> , Thierry Bonnot	41
<i>Rompiendo moldes: la constitución de colecciones contemporáneas en el Museo de Etnografía de Neuchâtel</i> , Sara Sánchez del Olmo	67
<i>Documenter l'objet contemporain par la parole : le cas de l'écomusée du Val de Bièvre, à Fresnes</i> , Zahra Benkass	93
<i>Relato de una búsqueda de la representación de las culturas contemporáneas a través del caso del Museo de América</i> , Fernanda Celis	121
<i>Qualifier, requalifier, disqualifier l'objet de musée : l'exemple du Musée québécois de culture populaire de Trois-Rivières et de la restructuration de sa collection</i> , Laurence Provencher St-Pierre	141
<i>Baserriari hitza ematea. Baserriaren patrimonializazio prozesu tradizionalaren desegituraketa</i> , Sagardotegia omen zan arte-proiektuaren bitartez, Onintza Etxebeste Liras	163
<i>L'objet, la modernité et le musée d'ethnographie : réflexions sur une équation complexe</i> , Jacques Battesti	191

Patrimonios semilíquidos

Iñaki Arrieta Urtizberea¹

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)

1. DE LA MODERNIDAD SÓLIDA A LA MODERNIDAD LÍQUIDA

Umberto Eco arranca su libro póstumo de 2006, titulado en italiano *Pape Satàn Aleppo. Cronache di una società liquida*² y en castellano *De la estupidez a la locura. Crónicas para el futuro que nos espera*, con un trabajo acerca de la «modernidad o sociedad “líquida”», definida por Zygmunt Bauman. Un interregno, el de esta modernidad, que en palabras del escritor italiano va a durar bastante tiempo y que para ser entendida necesitamos de nuevos instrumentos.

Esta publicación, *El patrimonio cultural en las sociedades líquidas*, aborda el tema de los bienes culturales en las actuales sociedades líquidas, describiendo y analizando algunas cuestiones, unas pocas, relativas a los procesos de patrimonialización. Al igual que la publicación, esta breve introducción se centrará también en unos pocos asuntos, y de manera superficial, relativos a dichos procesos. Su objetivo es contextualizar los capítulos de la publicación y plantear algunas consideraciones muy generales respecto al tema que nos ocupa.

Bauman define la «modernidad líquida» (lo que otros autores denominan «posmodernidad», «modernidad tardía», «segunda modernidad» o «hipermodernidad») al periodo que estamos viviendo en el que la vida social no puede mantener sus características durante un tiempo prolongado (2013: 17). Esta

¹ Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del grupo investigación *El patrimonio cultural y natural en tiempos de crisis. Retos, adaptaciones y estrategias en contextos locales* (CSO2015-68611-R) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, y del Grupo de Investigación en Patrimonio Construido (IT890-16) del Sistema Universitario Vasco financiado por el Departamento de Educación del Gobierno Vasco. Deseo agradecer a Agustín Arrieta Urtizberea (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea) las sugerencias realizadas al borrador de este trabajo.

² El subrayado es nuestro.

modernidad líquida se distingue por «una condición en la que las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables) ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten» (Bauman, 2007a: 7-8).

La actual modernidad líquida está reemplazado a otra modernidad, a la «sólida», en la que mujeres y hombres venían viviendo en el marco de unas coordenadas sociales, espaciales y temporales más o menos estructuradas, más o menos ordenadas. En dicha modernidad los individuos contaban con puntos de referencias estables que les permitían *conducir* sus vidas (Bauman, 2001: 112).

Una de las principales instituciones que estructuraba la vida de los individuos en la modernidad sólida era el Estado nación. Este, a través de diferentes mecanismos homeostáticos, proporcionaba a los individuos un *statu quo* estable. Entre dichos mecanismos estaba la cultura como «fábrica de orden» y garante de la reproducción monótona de la sociedad y del mantenimiento del equilibrio del sistema (Bauman, 2001: 163). La cultura ayudaba a solidificar el sistema social de esa primera modernidad (Bauman, 2013: 16-17), a través, por ejemplo, de un idioma nacional, una única trayectoria histórica nacional, un calendario festivo unificado, un conjunto de conmemoraciones compartido o un patrimonio colectivo común (Bauman, 2001: 166-167). Todo ello consolidaba las identidades colectivas e individuales de los ciudadanos. Las hacían ordenadas, coherentes, cohesivas y homogéneas, es decir, sólidas (Bauman, 2001: 30). No obstante, esta solidificación contaba, al menos hay que indicarlo, con aspectos de carácter líquido. Como sostiene Will Kymlicka (1996: 22-23), las sociedades sólidas eran también diversas y plurales, y la «fábrica de orden» no siempre alcanzaba sus pretensiones.

Con el inicio de la globalización de la economía y la generalización de las nuevas tecnologías, el poder del Estado nación comienza a debilitarse. Como afirma Ulrich Beck (1998: 43), se rompe la *unidad* entre, por un lado, el Estado nación y, por otro, la sociedad y los individuos, que aquél estructuraba. Nuevos actores y procesos transnacionales entran en juego cuestionando los mecanismos homeostáticos del Estado. Nos encontramos ante una «nueva realidad» (Borja y Castells, 1987: 325) como consecuencia de la globalización, que no es solamente económica, sino política, social y cultural también (Giddens, 2001: 59), además de personal o biográfica (Beck, 1998: 110). En definitiva, la globalización es un fenómeno multidimensional que afecta a todos los ámbitos de la «vida humana» (Tomlinson, 1999: 13).

No obstante, aunque en esta nueva realidad el poder del Estado nación se debilite, este no llega a desaparecer. Según Bauman, los procesos de globalización necesitan de los estados, eso sí, de unos estados débiles:

La libertad de movimientos y la falta de restricciones en pos de sus fines de que gozan las finanzas, el comercio y la industria informática globales dependen de la fragmentación política (...) Se podría decir que tienen intereses creados en los «Estados débiles», es decir, en aquellos que son débiles pero siguen siendo Estados (...) Es fácil reducir un cuasi Estado débil a la función (útil) de una estación de policía local, capaz de asegurar el mínimo de orden necesario para los negocios, pero sin despertar temores de que pueda limitar la libertad de las compañías globales (2001: 91).

De este modo, el débil poder político trata de mitigar las acciones solidarias, promoviendo entre hombres y mujeres la necesidad de contar con una «mayor flexibilidad» y de que cada individuo se centre en sí mismo (Bauman, 2007a: 25-26). La actual economía global, definida también como «capitalismo flexible» por Richard Sennett, demanda a los trabajadores que «estén abiertos al cambio, que asuman un riesgo tras otro» (Sennett, 2009: 9). Asimismo, esta flexibilización promueve lo nuevo, lo transitorio, lo efímero, lo fugitivo para un intervalo temporal, el tiempo actual si se quiere, en el que individualismo desenfundado encuentra su lugar (Harvey, 1998: 196). Porque esa es también otra de las consecuencias de la globalización: el desarrollo y la consolidación del individualismo que, a su vez, conlleva el debilitamiento de los vínculos humanos y la solidaridad (Bauman, 2007a: 39).

No obstante, esta mayor flexibilidad no se da por igual en el conjunto de la sociedad. Para las élites, que se mueven en las redes intencionales y que configuran sus identidades colectivas e individuales, la flexibilización es el valor a implementar: que cada uno sea el gerente y ejecutor de su «política de vida» (Bauman, 2013: 17). Sin embargo, la situación es muy diferente para todo aquél o aquella «que no puede elegir a quién se encuentra y por cuánto tiempo, ni pagar por que se respeten sus elecciones; gente sin poder, que vive el mundo como una trampa y no como un parque de aventuras; gente encarcelada en un territorio del que no tiene escapatoria, pero en el que otros pueden entrar o salir a voluntad» (Bauman, 2001: 40). De este modo, la globalización crea muchos espacios de segregación, separación y marginación social entre todos aquellos que no participan, o lo hacen de forma secundaria o residual, de los procesos y los efectos de la globalización. Para todos aquellos que no pertenecen a esa élite transnacional, se impone una incertidumbre, que no es pasajera. En el interregno líquido la incertidumbre es endémica. Si en la modernidad sólida la incertidumbre venía a ser una situación puntual, que con el esfuerzo individual o colectivo se podía llegar a superar, en la actualidad se ha convertido en un estado «permanente e irreductible» (Bauman, 2001: 32). De este modo, las sociedades actuales se están construyendo «sobre la fragilidad convulsa de los estados de ánimo y la cambiante fluidez de las representaciones sobre lo real» (Oliva y Camarero, 2002: 122).

Este estado de incertidumbre permanente está conduciendo, a su vez, a la emergencia del multicomunitarismo, un concepto que Bauman recoge de Alain Touraine (2013: 62) y cuya consecuencia es la defensa a ultranza de la comunidad, de lo local, de lo culturalmente específico. Así, la globalización empuja también «hacia abajo» del Estado nación, generando nuevas identidades comunitarias, locales o culturales o reforzando las ya existentes (Giddens, 2001: 61). Como señala Manuel Castells, en los procesos de globalización se da la paradoja de que lo comunitario, lo propio, lo específico, «mi vecindario, mi comunidad, mi ciudad, mi escuela, mi árbol, mi río, mi playa, mi iglesia, mi paz, mi ambiente» (Castells, 2001: 84), pueden llegar a emerger con fuerza. Si «el eje central de la estrategia vital posmoderna no es hacer que la identidad perdure, sino evitar que se fije» (Bauman, 2001: 114), se puede dar también el proceso contrario, el de la emergencia y consolidación de las identidades no nacionales, de carácter local, comunitario o cultural. Esta emergencia se ve impulsada por los propios movimientos globales de personas, cuya consecuencia es la constitución de sociedades con colectividades cada vez más diversas desde el punto de vista económico, social y cultural. Así los Estados nación se encuentran ante el reto de abordar la aparición y el fortalecimiento de identidades comunitarias que pueden llegar a debilitarlos más aún.

Si la tesis de Bauman acerca de la licuación de las sociedades actuales nos parece muy acertada para entender y explicar lo que está sucediendo hoy en día, este proceso no se está dando con la misma intensidad en todos los ámbitos. Hemos mencionado la licuación del Estado, caracterizada por su debilidad respecto a lo que representaba y a su acción en la modernidad sólida. En el campo económico es notoria. La autoridad del Estado se ha debilitado claramente respecto a instituciones o empresas transnacionales. Sin embargo, en lo que concierne, por ejemplo, a la territorialidad su poder no se ha licuado tanto. El control que el Estado mantiene sobre las fronteras nacionales y sobre las regiones que muestran deseos de independizarse o alcanzar mayores grados de autonomía, muestra que cuenta todavía con una solidez importante.

Algo parecido sucede en el ámbito de las identidades. Estas no cambian con la misma rapidez que las dinámicas económicas. El Estado nacional, aun habiéndose debilitado, sigue siendo un configurador importante de las identidades colectivas e individuales. Un ejemplo es lo que está sucediendo actualmente en la Unión Europea, una institución llamada a constituirse como estado transnacional (Beck, 1998: 216): ¿se han debilitado las identidades nacionales en favor de una identidad transnacional europea? No demasiado. «En Europa, por ejemplo, donde las naciones están uniéndose cada vez más desde el punto de vista económico dentro de la Unión Europea, los símbolos de la identidad cultural nacional parecen estar definiéndose de forma más marcada» (Throsby, 2001: 163).

Por tanto, las dinámicas económicas e identitarias no presentan los mismos ritmos de licuación. «No acepto —sostiene James Clifford— que cualquier persona deba permanecer inmovilizada en función de su “identidad”; pero tampoco puede uno desprenderse de estructuras específicas de raza y cultura, clase y casta, género y sexualidad, medio ambiente e historia» (1999: 25). Efectivamente, nuestras identidades cambian, nosotros cambiamos, pero, su ritmo de transformación no se ajusta al de «los contextos fluidos, [que] como todo líquido, no conservan una misma forma por demasiado tiempo» (Bauman, 2008: 27).

Está demostrado empíricamente —tenemos numerosas fuentes desarrolladas en distintas encuestas a lo largo del tiempo en ámbitos universitarios— que existe una persistencia de las identidades y de las identidades culturalmente construidas como elemento fundamental del sentido para las personas (Castells, 2010: 255).

Otro tanto se puede decir del patrimonio cultural, «una de las condiciones fundamentales —según Bauman— de la identidad» (2013: 86). Los bienes culturales, símbolos de las identidades colectivas, no escapan obviamente a las características de las actuales sociedades líquidas. Si las identidades se hacen más flexibles, obviamente los símbolos que las representan también. Así, la flexibilidad de los procesos actuales de patrimonialización es mayor respecto a lo que sucedía en la modernidad sólida. Pero las identidades colectivas presentan también un cierto grado de persistencia que consiguientemente se da también en el campo de los bienes culturales. Se podría decir, como veremos a continuación, que el patrimonio cultural presenta en la actualidad un estado, más bien, semilíquido.

2. PATRIMONIO CULTURAL, MULTICULTURALISMO, OBSOLESCENCIA Y PASADO

Decíamos en el apartado anterior que el actual periodo de modernidad líquida se caracteriza, entre otras cuestiones, por el debilitamiento de los Estados nación, la emergencia de localismos y *comunitarismos*, el multiculturalismo y el ritmo acelerado de la vida humana, y que estas características vienen definiendo las sociedades y los procesos de identificación y patrimonialización.

Efectivamente, el debilitamiento del Estado nación, a la hora de imponer una identidad colectiva homogénea, y la diversidad de las sociedades actuales, compuestas por grupos culturales diversos que cuentan con sus propias identidades, afectan a los procesos de patrimonialización. En sociedades cada vez más multiculturales, interculturales o transculturales, las identidades impulsadas por el Estado son, o pueden llegar a ser, cuestionadas y consecuentemente

los bienes culturales que las simbolizan también. La estabilidad y homogeneidad identitaria que se pretendía alcanzar a través de los bienes culturales en la modernidad sólida se resquebraja (Gneco, 2015: 263-264; Hall, 1999) y, consiguientemente, el patrimonio cultural comienza a licuarse.

No obstante, la licuación del patrimonio no es tan evidente a pesar de lo que puedan sugerir los tiempos que corren. Aunque el poder del Estado se haya debilitado, su relevancia persiste. Los Estados nación continúan tratando de mantener su identidad sólida, «legimadora» en palabras de Castells (2001: 30), rechazando o subsumiendo la diversidad y la heterogeneidad sociocultural. Es más, este rechazo se puede hacer más evidente como consecuencia de la angustia que ante la globalización muchos estados padecen por su propia situación frágil o marginal, lo que les conduce a tratar de aminorarla expulsando o eliminando lo diferente, pudiendo llegar a constituirse en «identidades predatorias» (Appadurai, 2007: 69-70).

Este objetivo de *mantener* una identidad, más o menos, sólida y, consiguientemente, de conservar unos determinados bienes culturales que la simbolicen, se manifiesta claramente en el control que el Estado sigue manteniendo en el campo patrimonial: sigue teniendo las competencias para definir, gestionar y difundir los bienes culturales a través de leyes, decretos y demás instrumentos legales (Gneco, 2015: 268-269), legitimando su «verdad» identitaria a través del patrimonio cultural (Hall, 1999: 5-6).

De este modo, esta tensión entre (1) unas identidades colectivas, que aunque se transforman cuentan con un cierto grado de persistencia, (2) unos estados nación, que a pesar de su debilidad tratan de mantener sus referentes identitarios, y (3) unos procesos de globalización, que diluyen esos referentes y que a su vez impulsan otros al favorecer sociedades más diversas, hace que los bienes culturales y los procesos de patrimonialización presenten un estado no tan líquido como el que se aprecia, por ejemplo, en el ámbito económico.

Esta semilicuación de la identidad no se da solamente en el plano nacional, también se da en otros tipos de identificación y, consecuentemente, de patrimonialización. Muestra de ello son los trabajos de Fabien Van Geert, Fernanda Celis y Sara Sánchez del Olmo en esta publicación. Van Geert aborda esos procesos analizando un conjunto de museos de etnografía de Europa, Celis los ilustra en el caso del Museo de América en Madrid y Sánchez del Olmo los ejemplifica presentando el trabajo que se lleva a cabo en el Musée d'ethnographie de Neuchâtel. En este último, la autora aborda además otros dos fenómenos característicos de estos tiempos líquidos y que afectan directamente a los procesos de patrimonialización: la gran producción de objetos y su rápida obsolescencia, así como la aceleración del tiempo. Dos fenómenos que,

tal como afirman Randall Mason y Marta De la Torre (2001: 165), afectan directamente a la gestión de los bienes culturales.

Efectivamente, la modernidad líquida ha traído también «el cambio de foco desde la posesión [una característica de la modernidad sólida] hacia el desecho y el descarte de las cosas [lo que] encaja perfectamente con la lógica de una economía orientada por el consumo» (Bauman, 2013: 28). Esta «cultura consumista» caracterizada por la inestabilidad de los deseos, la insaciabilidad de las necesidades y la satisfacción inmediata es congruente con unos tiempos líquidos en los que se incentiva, como decíamos en el apartado anterior, la máxima flexibilidad y se censura la planificación, inversión y acumulación a largo plazo (Bauman, 2007b: 30). Esa inestabilidad, insaciabilidad y satisfacción conducen al consumo y, por tanto, a la producción de múltiples, diversos y efímeros objetos. Ambos, consumo y producción se retroalimentan: «el suministro perpetuo de ofertas siempre nuevas es imperativo para incrementar la renovación de las mercancías, acortando los intervalos entre la adquisición y el desecho a fin de remplazarlas por bienes «nuevos y mejores» (Bauman, 2013: 20).

Por tanto, nos encontramos ante unas sociedades que producen una cantidad cuasi infinita de objetos que son rápidamente desechados, planteando importantes retos a la hora de seleccionar aquellos que vayan a convertirse en «testimonios» de las identidades colectivas y que por ello vayan a ser objeto de conservación, exposición y difusión (Bergeron, 2011: 63; Mairesse y Deloche, 2011: 385). Estos retos se presentan por la rápida obsolescencia de los objetos contemporáneos, lo que dificulta la selección de aquellos que puedan simbolizar las identidades como consecuencia de su efímera presencia. Asimismo, al estar «planificada» la obsolescencia, la materialidad de los objetos es también efímera (Sennet, 2006: 119; García Canclini, 1999: 197), lo que dificulta también su conservación.

Estas características del objeto contemporáneo y sus consecuencias en los procesos de patrimonialización son abordadas en esta publicación en los trabajos de (1) Sánchez del Olmo, como ya se ha mencionado, de (2) Zahra Benkass, donde se analiza el caso del Écomusée du Val de Bièvre en Fresnes, y de (3) Jacques Battesti, quien realiza una serie de reflexiones a partir del libro que editó en el 2012 titulado *Que reste-t-il du présent ? Collecter le contemporain dans les musées de société*, una publicación con una gran repercusión en el mundo patrimonial francófono.

La obsolescencia del objeto contemporáneo ha dado lugar también a «una economía cuya columna vertebral es el vertedero de basura» (Bauman, 2013: 28). Así, en estos tiempos líquidos el *vertedero* puede ser un espacio interesante en el que hurgar para encontrar testimonios patrimoniales. Esta praxis no es nueva en el campo patrimonial (Querol, 2010: 204); sin

embargo, esta adquiere más sentido en estos tiempos, tal como lo desarrolla Thierry Bonnot en su investigación desarrollada en el Écomusée Creusot-Montceau y presentada en esta publicación.

Por último, la aceleración del tiempo conduce a un replanteamiento del pasado, uno de los principales integrantes de nuestro sentido de identidad (Lowenthal, 1998: 80) y que afecta a los procesos de recordar y olvidar, y, consiguientemente, a la patrimonialización de los bienes culturales (Arrieta Urtizbera, 2016). De este modo, el pasado se hace cada vez más lejano y los bienes culturales otrora seleccionados puede que dejen de ser significativos rápidamente, lo que nos obliga a reflexionar acerca del quehacer patrimonial actual respecto a dichos bienes (Ashworth, Graham y Tunbridge, 2007: 64; Cameron, 2015: 347-348; Harrison, 2017: 166). Obviamente, los procesos de recordar y olvidar se daban también en la modernidad sólida. Sin embargo, como decimos, la celeridad que se da actualmente en el paso del tiempo afecta más claramente a los motivos que nos conducen a conservar, exponer y difundir el patrimonio cultural que hemos heredado. Esta cuestión es abordada por Laurence Provecher St-Pierre al analizar la reestructuración de la colección del Musée québécois de la culture populaire en Trois-Rivières y por Onintza Etxebeste Liras al presentar la resignificación del caserío tradicional vasco a través del proyecto artístico *Sagardotegia omen zan*.

3. BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, A. (2007). *El rechazo de las minorías*. Barcelona: Tusquets.
- Arrieta Urtizbera, I. (2016). Recordar y olvidar: emprendedores y lugares de memoria. En *Lugares de memoria traumática* (pp. 11-21). Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Recuperado de: <https://addi.ehu.es/handle/10810/21068>
- Ashworth, G., Graham, B. y Tunbridge, J. (2007). *Pluralising Pasts: Heritage, Identity and Place in Multicultural Societies*. London: Pluto Press.
- Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- Bauman, Z. (2007a). *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*. México, D.F.: Tusquets.
- Bauman, Z. (2007b). *Vida de consumo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2008). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.

- Bergeron, Y. (2011). Collection. En A. Desvallées y F. Mairesse (dirs.), *Dictionnaire Encyclopédique de muséologie* (pp. 53-69). Paris: Armand Colin.
- Borja, J. y Castells, M. (1997). *Local y global: la gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus y United Nations for Human Settlements.
- Cameron, F. (2015). The Liquid Museum: New Institutional Ontologies for a Complex, Uncertain World. En A. Witcomb y K. Message (eds.), *Museum Theory* (pp. 345-361). Oxford: Wiley Blackwell.
- Castells, M. (2001). *La era de la información. El poder de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castells, M. (2010). Globalización e identidad. *Quaderns de la Mediterrània*, 14, 254-262.
- Clifford, J. (1999). *Itinerarios culturales*. Barcelona: Gedisa.
- Eco, U. (2016). *De la estupidez a la locura. Crónicas para el futuro que nos espera*. Barcelona: Lumen.
- García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (2001). Globalización, desigualdad y estado de la inversión social. En *Informe mundial sobre la cultura: 2000-2001* (pp. 58-65). París: UNESCO & Mundi-Prensa.
- Gneco, C. (2015). Heritage in Multicultural Times. En E. Waterton y S. Watson (eds.), *The Palgrave Handbook of Contemporary Heritage Research* (pp. 263-280). Basingstoke (UK): Palgrave Macmillan.
- Hall, S. (1999). Whose Heritage? Un-settling "The Heritage", Re-imagining the Post-nation. *Third Text*, 49, 3-13.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harrison, R. (2017). *Heritage: critical approaches*. London y New York: Routledge.
- Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural: una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- Lowenthal, D. (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal.
- Mairesse, F. y Deloche, B. (2011). Objet [de musée] ou muséalie. En A. Desvallées y F. Mairesse (dirs.), *Dictionnaire Encyclopédique de muséologie* (pp. 385-419). París: Armand Colin.
- Mason, R. y De la Torre, M. (2001). Valores y conservación del patrimonio en las sociedades en proceso de globalización. En *Informe mundial sobre la cultura: 2000-2001* (pp. 164-179). París: UNESCO & Mundi-Prensa.

- Oliva, J. y Camarero, L. A. (2002). *Paisajes sociales y metáforas del lugar. Una exploración de la ruralidad en Navarra*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitate Publikoa.
- Querol, M.A. (2010). *Manual de Gestión del Patrimonio Cultural*. Madrid: Akal.
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Throsby, D. (2001). *Economía y cultura*. Madrid: Cambridge.
- Tomlinson, J. (1999). *Globalization and culture*. Cambridge: Polity Press.